

manjares servidos en salvillas casi iguales á nuestros platos, manjares que se componen de carne de cerdo, de carnero, y de ave cocida con grasa, y que no se comen sino despues de empaparlos en vinagre. Sirvense alternativamente carnes, legumbres y pastelería. *Cincuenta y dos* platos se nos sirvieron y nosotros probamos tanto por curiosidad, como por cortesía. La comida terminó por ocho sopas de carne, lo que es el máximo de la cortesía china como muestra de la mas alta consideración. También llevamos nosotros nuestro pan, pues los chinos no lo usan. A cada instante se distribuían á los convidados pedazos de papel mojado para limpiarse la boca. La bebida era una especie de aguardiente de arroz azucarado de un sabor desagradable. En la mesa no había agua y los vasos no eran mayores que nuestras copas de licor.

Seguramente una comida china no es para un europeo y sobre todo para un francés una cosa apetecible; pero hay ciertos platos de gusto y especialmente la pastelería. El gusto chino está mas bien por la variedad que por la cantidad, y podría pasar si fueran menos grasientos los manjares y no llevaran tanta pimienta y ajo.

Despues de la comida, volvimos al salon donde se sirvió el té y muy buenos dulces. A los postres nos abandonó nuestro huésped para mudarse de traje, extravagancia de las costumbres chinas. Muy luego volvió con una especie de bata de raso turco de bello color oscuro. Despues nos mostró varias curiosidades y nos propuso ir á ver el templo principal para esperar la hora del espectáculo porque los chinos tienen también su teatro en Mai-Ma-Tchin.

El templo que vimos es un edificio cuadrado cuya cornisa muy saliente está sostenida por columnas que forman una galería alrededor del templo. No hay nada mas extraordinario que la variedad de las pinturas y de los ornamentos que decoran esta cornisa. Las columnas son doradas y están cubiertas de inscripciones y las paredes de emblemas de su culto y de sentencias tomadas de sus libros sagrados. El interior está dividido en tres partes en que están colocados los ídolos y delante de estos ídolos metidos en sus nichos hay mesas cargadas de candeleros. También se ponen allí vasos con agua, perfumes y ofrendas como flores, grano, etc. Unas banderas que penden por encima de las mesas sustraen á los ídolos á la vista de los espectadores.

Los frescos de las paredes representan con vivos colores los hechos y circunstancias mas notables de la vida de los dioses á los cuales está consagrado el templo.

Cuando se penetra en los grandes nichos ó capillas de los ídolos, no puede evitarse un movimiento de sorpresa y aun de espanto á vista de aquellas extrañas figuras que tienen hasta 20 pies de altura y cu-

yas contraídas facciones solo espresan pasiones violentas. Los rostros y todo lo que les pertenece están pintados con una habilidad que revela el talento del artista.

En el templo de Mai-Ma-Tchin había nueve divinidades, divididas en tres grupos. En el centro *Fo*, divinidad principal acompañada de sus acólitos, es decir, guerreros que legendariamente contribuyeron á asegurar sus éxitos. En los otros dos grupos están los dioses de la guerra, de la justicia, del comercio, de la agricultura y algunos otros de orden secundario. El dios *Fo* es el único que tiene un vestido de raso amarillo, color sagrado entre los chinos y que usan exclusivamente los emperadores. En conclusion el templo es ciertamente una de las cosas mas originales y notables que he encontrado en mis viajes. Nótese de paso que no hay sacerdotes. El templo está abierto algunos dias de la semana y cada uno puede ir á orar y hacer sus sacrificios á sus horas.

Despues de la visita al templo y siendo ya hora del espectáculo, volvimos á casa del chino. El teatro está construido, poco mas ó menos, como los que se ven en los Campos Eliseos de París los dias de fiestas públicas: solo que está adornado al gusto chino. Los papeles de mujer se desempeñan por muchachos de quince años de muy buen parecer. Los espectadores están al aire libre; el *Dzargutchey* y los principales habitantes tienen únicamente localidades especiales. Los intervalos entre escena y escena se llenaban por la música, si así puede llamarse aquella cerrada de *tan-tan*, de *gon-gou*, de címbalos y un tambor que se oía á una legua de distancia.

La comedia, ó lo que fuera la representación, era un asunto de la historia china y se asemejaba algo á la tragedia de Voltaire, titulada *El huérfano de la China*. Pero enmarañado con interminables y ridículos combates.

El acento de los cómicos es nasal y el habla chino puro; los trajes hechos con antiguas telas que no se encuentran ya en el centro del imperio, son notablemente bellos.

En el sainete, farsa ridícula é indecente en acciones, gestos y palabras, había mujeres vestidas á la moderna. Su traje, excepto la tela y el color, que es mas claro, es como el de los hombres: nada indica el talle, y el conjunto carece por consiguiente de esa elegancia que caracteriza los trajes europeos. El calzado es feísimo pero adaptado á los pies diminutos, atrofiados.

El peinado consiste en una especie de penca que retiene el cabello y viene á fijarse atrás por medio de una rica peina; por delante se levanta ya en la frente ya en la coronilla en un gran bucle y con flores naturales. Ninguna mujer de cualquier edad y condición que sea, deja de usar estos adornos, que sientan

muy bien á las bonitas, que, según dicen, no son raras en la China.

Los hombres son en general de mezquina apariencia con su color enfermizo, su cabello negro y reluciente y sus ojos pequeños, aunque vivos. La gente del pueblo es grosera, mientras que las personas de cierta educación tienen buenas maneras y son atentos y hospitalarios, á juzgar por los que hemos tratado. Si su ignorancia no es afectada, hay que confesar que la llevan hasta donde puede ir: tan indiferentes se muestran á todo lo que no es de su país. Así, por ejemplo, el *dzargutchey* de Mai-Ma-Tchin, ignoraba que hubiera un pueblo francés. Tomaos, pues, el trabajo de conquistar las tres cuartas partes de Europa bajo la conducta del gran capitán moderno, para que vuestra fama venga á morir así á la puerta de un mandarín chino de sexta ó de séptima clase. Este respetable funcionario no conocía en Europa mas que ingleses y portugueses y creía que los rusos pertenecían al Asia. Pero por lo que hace á su orgullo é interés, los chinos tienen un sentido penetrante y un tacto que suple á los conocimientos que les faltan. Por otra parte están oprimidos por la dinastía manchua que los gobierna hace mas de dos siglos, y ella es quien los aísla cerrando toda comunicación exterior. Creemos poder asegurar que el pueblo chino, propiamente dicho, vería con gusto abrirse el mundo ante sus ojos: conoce que ganaría en ello; pero solo temblando suelen espontanearse con los extranjeros. Las mas severas penas caerían luego sobre los que osaran revelar este pensamiento, que existe, sin embargo, en casi todos los chinos.

Habiendo terminado la comedia los placeres del día, nos separamos del *dzargutchey* en la mayor armonía. El día siguiente vino él á nuestro alojamiento, trayendo consigo presentes, que entre los orientales son una muestra de consideración que dan siempre á las personas que visitan. Consistían sus presentes en una pieza de raso negro, dos medias piezas de raso azul, dos linternas de madera guarnecido con canevás bordado de flores de color, una caja de esencia de té, té negro y verde y otras menudencias. En cambio recibió en el acto una repetición de oro, de fábrica inglesa y doce varas de rico paño azul, sin olvidar á los cómicos que nos divirtieron la víspera. Todo esto costó caro, pero no debíamos quedar mal con tales señores, y creemos que conservarán un grato recuerdo de nuestra escursión allende la frontera.

II.

Visita á una tribu de buriates.

Durante nuestra permanencia en Kiachta, recibimos la visita de los jefes de las tribus buriates que viven en las inmediatas estepas, y habiendo mani-

festado su deseo de vernos en sus términos, se les prometió así conviniendo en el día de la entrevista. En efecto, despues de despedirnos de nuestros amigos de Kiachta, nos pusimos en camino y nos encontramos el día siguiente á la orilla del Selinga la escolta de honor que nos enviaban los buriates. Trescientos ginetes con sus trajes de raso de diferentes colores, sus gorros puntiagudos, guarnecidos de pieles, sus arcos y flechas á la bandolera, era nuestra escolta.

Los buriates, pueblo nómada de la Siberia, habitan los montes situados al Norte de Baikal, en el gobierno de Irkutsk: calcúlase su número en unos treinta y cinco mil hombres, y parecen de la misma familia de los calmuco. Sus ganados hacen su riqueza; su religion es el *chamanismo*, especie de idolatría muy extendida entre los pueblos de la Siberia Oriental. Su dios supremo habita en el sol, teniendo bajo sus órdenes una multitud de dioses inferiores. La mujer en algunos de estos pueblos pasa por un objeto inmundo, que no tiene alma como el hombre. Por fortuna los sectarios de esta creencia absurda disminuyen considerablemente.

Nuestros carruajes iban tirados por caballos de los campesinos; pero los buriates no quisieron permitir que atravesaran ellos el Selinga, y engancharon sus propios caballos, partimos á gran galope al través de la estepa con cocheros y postillones vestidos de raso y en medio de una turba de ginetes, que hacían grandes y peligrosas habilidades por complacernos. Como los buriates no tienen sino muy rara vez ocasion de conducir carruajes, temíamos nos estrellar; pero quiso la providencia que llegáramos sanos y salvos, aunque no libres de sobresaltos capaces de quebrantar á un carretero: la costumbre de viajar por las estepas nos tenía dispuestos á todo.

Entre estas buenas gentes se celebraban las exequias de uno de sus principales jefes. Nosotros asistimos á la fúnebre ceremonia en un templo mongólico, y despues á los juegos que tuvieron lugar según la antigua costumbre, á saber: el tiro de arco, la lucha y las carreras á pie y á caballo. Finalmente, vino el festín en que se nos sirvieron manjares de mas gusto que los chinos, como asado de carnero, queso, pasteles y hasta vino de Champagne.

En seguida volvimos á ponernos en camino para ir á otra tribu que nos esperaba y que tenía el principal templo mongólico de la comarca, porque á diferencia de los kirghis que sacrifican aun sobre rocas y en los altos parajes como en los tiempos antiguos, los mongoles tienen templos.

Este templo de madera tiene un peristilo rodeado de diez y seis capillas pequeñas dispuestas simétricamente y donde se celebran ceremonias relativas á la historia del dios principal, que bajo cualquier nom-

bre no es otro que el Budha de la India y del Thibet. En una de ellas se conserva el carro en que se espera hará su aparición dentro de algunos años; en otra sus caballos, en otra sus armas, en otra sus vestidos, en otra sus libros etc. El templo principal está dividido en tres partes: el peristilo, donde se depositan las ofrendas en rededor de un cilindro giratorio que hace sonar las campanas; la nave donde los lamas, acurrucados como los alpagateros en tres filas ó hi-

leras salmodian alternativamente unos himnos sagrados en ritmos que se asemejan á nuestros cantos católicos, ó bien ejecutan sinfonías diabólicas en instrumentos parecidos á los de los chinos. Esta horrible música nos esperaba á nuestra llegada y nos acompañó también á nuestra salida por espacio de un *verste*. Finalmente, el santuario del templo en que están las imágenes del dios, sus transformaciones, los altares en que se hacen los sacrificios, y qué, como



Entrada del puerto de Petropaulowski.

los de los chinos, consisten en frutos de la tierra Budha y su séquito son mucho menos feos que los dioses chinos. Los buriates reconocen por jefe de su religión al gran lama del Thibet y sus libros sagrados están en lengua sanscrita. Creen en la metempsícosis, y en general sus ideas religiosas son más complicadas y más absurdas que las de los chinos.

Como nuestra visita los lisonjeaba y el oficial superior que dirigía nuestra caravana le mostró gran interés, le dieron un ejemplar de su libro santo, un vestido completo de lama que había pertenecido á uno de sus sacerdotes más revenciados, campanillas una figurilla sagrada de cobre y otras bagatelas.

Sus *yurtas* están, como las de los kirghis, compuestas de un tejido de madera revestido de un fieltro herméticamente cerrado, lo que hace muy abrigadas sus habitaciones aun en el rigor del invierno. Alrededor y dentro de la *yurta* están el altar, el lecho y los cofres que guardan la ropa, etc., y en el centro está el hogar, cuyo humo se escapa por un agujero practicado en lo alto. En estas *yurtas* ó cabinas fuimos presentados á las mujeres buriates. Su traje es por su forma muy parecido al de las chinas: la tela es de seda azul profundo, bordada de oro y sus adornos de tocado, zarcillos, collares, etc., son de coral guarnecido de oro y plata. Este traje senta-

ria muy bien á las hermosas; pero las buriates son positivamente feas con sus salientes pómulos y con sus ojos inclinados, ojos cuyo ángulo esterno sube hasta la mitad de la sien. Los hombres son mucho mejores, conociéndose en su porte desembarazado y marcial que son los descendientes de Gengis-Khan.

Hay que ver la destreza con que manejan sus

caballos. Por lo demás son francos, hospitalarios agradecidos y benévolos; en una palabra, es una raza verdaderamente primitiva, que la civilización no ha gastado todavía. No son amigos de vivir en las poblaciones, sino que van errantes y se fijan donde hay mejores pastos. Hemos visto en este país innumerables ganados de carneros, caballos y aun camellos.



Mlle. Cristiani en los pantanos.

El gobierno ruso los ha invitado á ocuparse algo más en la agricultura y ellos lo han prometido; pero nada revela que estén dispuestos á cumplir su promesa.

Después de haber atravesado felizmente otra vez el Baikal, volvimos á Irkutsk á fines de octubre de 1848.

III.

Viaje por el Sena á Yakutsk y Okhotsk.

15 de mayo.—Héme otra vez embarcada para una temeraria empresa. Confieso que comienzo con gusto un viaje que va á completar la originalidad de mi vida de artista. Sin embargo, no sin un penoso sentimiento pienso en las 2,000 leguas que voy á añadir aun á las 3,000 que me separan de la patria.

Debíamos salir de Irkutsk al medio día, pero no pudo ser hasta las dos. Fuimos á almorzar á casa de los Z...: se bebió champaña en la despedida y después de algunos instantes de inmovilidad á la moda rusa, se levantaron todos, se abrazaron y lloraron: yo por mí no me encontraba dispuesta.

En seguida nos empaquetamos, si puede así decirse, la mujer del general gobernador Mad. Z., sus dos sobrinas y yo en el primer saradosse (especie de carruaje ruso muy poco suspendido); el general y el gobernador de la ciudad en el carruaje de atrás, tirado por seis caballos y seguido de seis cosacos, lo que daba á nuestra caravana un aspecto imponente; en un tercer carruaje iban el doctor, los edecanes del general y sus secretarios.

En este orden salimos de la ciudad. Toda la poblacion estaba fuera, y era un gusto oír las aclamaciones de aquel sencillo pueblo victoreando al general y deseándonos buen viaje. Por una delicada atencion, el arzobispo dió orden de echar las campanas á vuelo al pasar nosotros. Era un domingo: aquel pueblo en traje de fiesta, las vibraciones de las campanas, la hilera de nuestros equipajes, nuestros cosacos, todas las cabezas descubiertas, los oficiales de correo y policia que nos escoltaban y sobre todo un sol espléndido, todo concurría á corregir la tristeza consiguiente á una partida para un largo viaje. Salimos de la ciudad á las tres y treinta y tres minutos, hora favorable, se nos decia, y de buen augurio. ¿Por qué ese número triplicado ha de traer ventura? No lo sé. A algunos pasos de la ciudad, un sacerdote se puso al pie de una gran cruz blanca, desde donde echó una bendicion á todos los viajeros. Despues nos dijeron que aquel sacerdote era un verdadero servidor de Dios, y aquella bendicion que descendía sobre nosotros desde la rústica cruz tenia el sello de una simplicidad tan solemne, que nos impresionó á todos hondamente.

Atravesamos luego un bello camino cubierto de *rhododendron* en flor, del cual solo se ven á lo largo los reflejos de los pétalos de color de rosa violácea muy armonioso.

A 20 verstes de la ciudad (6 leguas), entramos en un pueblecillo, donde encontramos á todo el pueblo reunido delante de la iglesia con su golowa (alcalde) y sus ayudantes ó adjuntos á la cabeza, y todos esperaban al general para ofrecerle, segun la antigua costumbre rusa, el pan y la sal. Al fin del camino, teníamos tantos saleros, que podíamos haber suministrado á media Rusia.

En el camino supe el verdadero objeto de nuestro viaje. ¿Sabe usted lo que vamos á hacer allá, me dijo un día el general. Vamos en expedicion á las embocaduras del Amor para tomar posesion de ellas en nombre del emperador. Inglaterra tiene sus pretensiones; pero yo tengo orden de sostener *mordicus*, que á lo menos una de sus orillas nos pertenece. Miguel N. fue enviado de antemano á anunciar nuestras intenciones y la próxima llegada de un buque de guerra que acaba de dar la vuelta al mundo y nos prestará su ayuda: se estará trasportando probablemente la pólvora de Ayane, y yo, por mi parte, ejercito las tropas del gobierno. Vamos cargados de presentes para atraernos las voluntades de los salvajes de aquella comarca y los chinos no vacilaran en cedernos una orilla, en haciéndoles comprender que la cesion es una garantía contra los ingleses.

—En buen hora general: conquistemos las bocas del Amor y será de ver á una francesa tocar el violoncello mientras suenan los cañonazos.

Pocos dias despues de la salida de Irkutsk bajábamnos tranquilamente el Lena en alegre compañía de buen humor y en buena salud.

El Lena es uno de los mayores rios del Asia setentrional; atraviesa toda la parte mas oriental de la Siberia, toma origen de los montes vecinos al lago Baikal y despues de un curso de unas 700 leguas, desemboca al Norte en el mar glacial. Riega el pais de los tunguses, pueblo salvaje de repugnante aspecto que yo tuve el honor de ver por la primera vez el 21 de mayo de 1849. De gruesas cabezas, mas grandes aun y deformes que las de los buriates, de amplos hombros, de cabellos desgredados, son hombres que dan horror. Lo que mas me chocó fue la desproporcion de sus piernas flacas y ruines como las de los monos terminando en pies enormes.

Los tunguses, los buriates y los yakutes son tribus nómadas casi de la misma familia, y oriundos de esa raza manchua que puebla el Norte de la China y reina actualmente en Pekin. Viven generalmente de la caza y de la pesca, dedicándose mas particularmente á la caza de animales de pieles. En esta comarca era donde se encontraban antiguamente las mas bellas *zibelinas*. En la actualidad son tan raras que los pobres salvajes apenas pueden pagar el tributo que de ellas les imponen el gobierno ruso, y se ven obligados á cargar sobre el pequeño *gris* que es casi la única piel que se halla en la comarca.

Estos pueblos son idólatras y yo he encontrado entre ellos ejemplos de ese comunismo absoluto que ciertos hombres delirantes querrian establecer en Europa. Todo es comun entre ellos: los campos, las cosechas, los ganados y... todo. Dios solo sabe, me decia el médico de la expedicion, los crímenes á que conduce el comunismo. Y al propósito me referia hechos espantosos.

21 de junio de 1849.—Por fin y á pesar de muchos contratiempos llegamos, á vista de la ciudad. A las once en el reloj del general y á la una en los de Yakutsk (porque á causa de la diferencia de longitud, el sol sale dos horas antes aquí que en Irkutsk) hicimos nuestra entrada triunfal en la ciudad. Todo el pueblo vestido de fiesta y los empleados de gala nos esperaban en la puerta desde hacia mucho tiempo. Cincuenta hombres sacaron nuestros barcos á tierra. Apenas el sol se habia puesto, aunque solo hacia una hora que habia salido. Bajo esta latitud setentrional, la noche casi no existe: en el mes de junio los últimos y primeros rayos del sol casi se confunden.

El desembarco se hizo muy sencillamente, sin salvas ni arengas. El general bajó, saludó al jefe de la provincia, subió en un britchka y fué á la casa de la villa. Despues vino su estado mayor, y á nuestra vez atravesamos nosotros aquella pintoresca mul-

titud, admirada á mi parecer de la sencillez de nuestro porte. Mad. Murawieff y yo hubiéramos podido pasar por mendigas de calidad. Tomamos un carruaje y fuimos á parar á la casa del jefe de la compañía americana que estaba ya preparada con todo el lujo posible para esta ocasion. No era una casa elegante, pero sí cómoda, alegre y limpia. ¡Qué placer para nosotros, que durante nuestra navegacion por el Lena, rio torrencioso, no habíamos dormido sino al ruido de las maniobras que se hacian sobre nuestras cabezas! Encontramos en esta casa una mujer de agradable aspecto que nos hizo los honores y dió la bienvenida con mucha gracia. Mad. Murawieff y yo no salíamos de nuestra sorpresa viendo á esta mujer que sin haber salido nunca de Yakutsk, tenia un aire de distincion admirable, y vestia con mucho gusto. En medio de un pais salvaje, no se comprende este agradable absurdo.

Hemos salido á visitar la ciudad en *drowski*. La única curiosidad es la fortaleza por su antigüedad de doscientos años, pero ya cae en ruinas. Lo demás se compone de casas aisladas en calles donde pacen las bestias. En otro tiempo Yakutsk tuvo mucha mas importancia: es mas antigua que Irkutsk, pero esta mata á aquella. Vivía de su tráfico de pieles, pero ahora Irkutsk se ha enseñoreado de este comercio y Yakutsk se ve obligada á proveerse de todo en aquel mercado. Si particulares circunstancias no lo remedian, esta última ciudad está destinada á desaparecer en breve. La provincia de que es capital solo tiene 160,000 habitantes, esparcidos en una superficie de 65,500 leguas cuadradas, proporcion que no da mas de tres habitantes por legua cuadrada. A lo mas la poblacion total de toda la Siberia oriental apenas llega á la cifra de la poblacion de París en el momento en que escribo (1849), es decir, á un millon y doscientas mil almas. ¡Qué desiertos! Y sin embargo, la conca del Lena es mayor que la del Volga y la del Amor mas grande que el valle del Danubio y acaso no menos rica.

Muchas veces he oido decir en Francia, que en este pueblo está muerto el sentimiento de respeto á la autoridad y que seria difícil resucitarlo. He tenido ocasion de observar todo lo contrario: ningun hombre pasa por delante de la casa que habitamos sin descubrirse desde el primero hasta el último ángulo de la empalizada que la rodea. De trajes diré poco: poco mas ó menos es comun á uno y otro sexo; todos llevan botas y una especie de redingot ó gaban que les llega á las rodillas, bordado de negro si el fondo es blanco, ó de rojo vivo, si es oscuro. Las mujeres usan además un gorro guarnecido de pieles por detrás y por delante con un adorno abigarrado que va encima dándole la semejanza de un gorro de polichinela.

Volviendo á partir el 4 de junio, seguimos al principio un brazo del Lena y atravesamos el rio que tiene por esta parte 7 verstes de anchura. Ya en tierra, mojados á pesar de nuestros impermeables, y sin embargo de buen humor, nos reanimamos bajo una *yurta* de las mas aristocráticas, donde hemos encontrado fuego. Nada hay mas original que estas habitaciones hechas de cortezas de árboles cosidas y adornadas con crines blancas y negras. El humo sale por una abertura superior: alrededor hay bancos, postes y ganchos para colgar los utensilios y ropas; el todo está tapizado de ramas de alerce que dan al interior alegre y risueño aspecto. Despues de una jornada de mal tiempo, este abrigo nos pareció un paraiso: buen fuego de vivac, té hirviente y aromático, comer con los dedos, alegre *lazzi*, dulce libertad, y un rato de marsellesa, que yo entoné, todo concurrió á nuestro buen humor.

Despues de cuatro horas de reposo, partimos otra vez, á las cuatro de la mañana. Cinco carruajes tirados por caballos salvajes, nos hacian esperar razonablemente un vuelco. El paisaje que pasaba rápidamente á nuestra vista, nos parecia un eden; pero nos llamaba á la realidad la horrible prosa del camino, verdaderamente impracticable, bien que se hubiera trabajado mucho en él desde el anuncio de la visita del general.

Los caballos se hicieron mas salvajes todavía, tirando á derecha é izquierda de una manera espantosa: criados en completa independecia no podian sufrir el yugo. Nunca se habian uncido, y cuando para ello hay que cogerlos, es preciso hacer una verdadera caza, en que los hombres hacen el oficio de perros. Pero lo mas espantoso es la gritería de los conductores al menor incidente del viaje. Esta mañana, por ejemplo, caminábamos con alguna tranquilidad, cuando de repente oigo por detrás gritos de alarma. Yo creí ya que la mitad de la caravana se habia sumergido en un pantano; me precipité á tierra para cerciorarme y lo veo todo en buen orden. Nosotros habíamos sido la causa de tanta alarma, tomando á la derecha en vez de á la izquierda. Estos horribles gritos me impresionaron de tal modo, que tuve un temblor nervioso por espacio de una hora.

De este modo llegamos á primeros de julio á Okhotsk, donde el Irtish, bajel de la corona, nos esperaba para trasportarnos á Petropaulowski, extremo límite del Asia. Aun nos quedaban mas de 350 leguas de mar que correr; pero despues del fabuloso viaje que acabábamos de hacer, ¿qué eran las brumas, las calmas ó tempestades del Océano Pacífico?

En la travesía solo tuvimos un contratiempo. En este mar de Okhotsk, donde viramos largo espacio á causa de los vientos contrarios, no teníamos mas distraccion que asistir á los juegos de las ballenas.